

Regocijo

Introducción

Carta de la curadora

Regocijo es una exposición individual de Miguel Casco que parte de la serie El Desayuno iniciada en 2018, con la cual, el artista exploró la puesta en escena de un performance para generar material fotográfico que formara parte del proceso creativo en su producción plástica. Inspirado en La Juventud de Baco (1884) de William-Adolphe Bouguereau, Casco se propuso crear una serie de pinturas sensuales y enigmáticas atravesadas por la interdisciplina (desde la danza, la fotografía, la música, hasta el performance). De esa suerte, en 2020, produce El Desayuno II, con una puesta en escena mucho más compleja, de donde también surge un largometraje y una producción de pinturas de gran formato, piezas que componen esta exposición.

El material fotográfico resultante no sólo es el registro del performance, también es la fuente de imágenes contenidas en cada pintura creada por Casco. En Regocijo, presentamos 14 piezas inéditas, los manteles usados en los performance anteriores, una pieza de gran formato en grisalla, que exhibe el proceso técnico del artista, piezas de colecciones particulares, pinturas circulares de gran formato fechadas entre 2020 y 2023, y un nuevo performance para la inauguración.

La curaduría, por su parte, es una apuesta por hacer de esta exposición una obra de arte total. Retomando el método y estilo que Mario Vargas Llosa utilizó para escribir uno de sus más célebres libros, Elogio de la madrastra (1988), en

esta exhibición, propongo una lectura curatorial desde la exploración de la literatura. La idea es que el público pueda transitar la muestra de pintura en tres capítulos y epílogo, que relatan una ficción erótica inspirada en las piezas de Miguel Casco generando un diálogo entre imagen y texto verbal, entre arte plástico y literatura.

Por tanto, esta exposición debe entenderse también como una novela. Cada sala les contará la historia de Nicea, una mujer contemporánea, que de acuerdo a la literatura griega clásica, tiene el mismo nombre que una de las parejas de Dionisio. A lo largo de los capítulos, Nicea descubre el camino del regocijo, desde la oscuridad y la locura, pasando por experiencias bacanales, hasta el descenso y la claridad, donde el arte juega un papel fundamental en las reflexiones del personaje. De esta forma, cada capítulo dialoga directamente con las piezas de Miguel Casco, método curatorial (y ante todo, literario) con el cual busco también transitar hacia una propuesta de curaduría artística <3

Kuratrix

Ciudad de México, 2024

Capítulo 1: La regadera

Lo que más me gusta de vivir con Rubén es su regadera. Y no salir de fiesta continuamente, disfrutar del sexo o fumar marihuana. Más que las noches de bacanal, o las mañanas de desayuno, en definitiva, lo que más me gusta es la regadera, siempre limpia y cayendo a chorro copioso. Siempre disponible para abrazarme y acallar mis lágrimas. Abro la llave y las abundantes gotas inundan el espacio. Comienzan a lavarme los ojos llorosos. Recorren mi cuerpo, bajan entre mis senos, atraviesan mi espalda hasta llegar a rodear mis nalgas.

Completamente mojada sigo llorando. Con mis manos repaso mi cabello y volteo la cara hacia el techo. ¡Qué delicia tomar un baño así! ¡Cuánta calma! ¡Cuánta sensualidad! Desnuda bajo una pequeña y constante cascada. Melancolía y desnudez, como en un cuadro de William-Adolphe Bouguereau.

Cada día mientras tomo un baño, lloro silenciosamente. Y me convierto en todas las musas, todas las diosas desnudas en un cuadro, con miradas enigmáticas e historias bajo la piel. La mía no es más especial que otra. Después del encuentro, la disposición de la mesa, devorar y el regocijo, inevitablemente ocurre la despedida, la mesa vacía y la soledad.

Mientras el chorro continúa cayendo sobre mi cuerpo, pienso en aquel libro de Vargas Llosa, donde describe una pintura de François Boucher: "Ésa, la de la izquierda, soy yo, Diana Lucrecia. Si, yo, la diosa del roble y de los bosques, de la fertilidad, y de los partos, la diosa de la caza. Los griegos me llaman Artemisa. [...] A mi derecha, inclinada, mirándome el pie, está Justiniana, mi

favorita. Acabamos de bañarnos y vamos a hacer el amor. [...] Nosotras, mezcladas y perfectas, respirando a la par, con la expresión colmada de las que saben ser felices. Allí estaremos, quietas y pacientes, esperando al artista del futuro que, azuzado por el deseo, nos aprisione en sueños y, llevándonos a la tela con su pincel, crea que nos inventa", musito la cita de memoria.

Quieta, repienso mi soledad, los días que me comparto desnuda con otros, y las noches a solas con Rubén. Cierro la llave de la regadera, y me imagino pintada sobre un lienzo. Las gotas escurren a lo largo de todo mi cuerpo, tal como ayer escurría el vino sobre el torso desnudo de Ariadna. Afuera no queda nada, mas que los restos de un festín y el recuerdo del placer que me ha traído hasta aquí.

Capítulo 2: Locura plena

Ésa, la de la izquierda, soy yo, Nicea. Sí, yo, la ninfa náyade, cazadora y seguidora de la Diosa Artemisa. Si buscas mi nombre en internet, encontrarás que soy hija del Dios de un río, que odio el amor y solo amo cazar. De acuerdo a Nono de Panópolis, Dionisio, se enamoró perdidamente de mi, y me persiguió tratando de cortejarme, pero debido a mi resistencia y mi nulo interés por él, Dionisio convirtió el río en vino para seducirme. Completamente borracha cedí a sus demandas amorosas, hasta convertirme en una de sus ménades. Durante algún tiempo, después de la violación, pensé en suicidarme, llorando por mi destino, pues ya no podría vagar por el bosque con mi arco y mis flechas. Sin embargo, al final me conformé y di a luz a una de las hijas de Dionisio, Teleté.

Así, por supuesto, si estuviéramos en el siglo V d.C. cuando Nono escribió el último gran poema épico de la literatura griega clásica, titulado, Dionisiacas, yo Nicea, sería una ninfa violada y embarazada por el Dios del vino. Qué desgracia. Pero no es así. No soy una ninfa. Tan solo comparto con ella el nombre, y diecinueve siglos después del poema de Nono, soy una mujer entregada al placer. De cabello castaño y largo hasta las caderas, pequeños y rosados pezones, piel blanca y largas piernas, ahora estoy recibiendo con las manos en cuenco, el último trago de alcohol que Rubén repartió para todos. Las gotas de la felicidad.

Ahora me encuentro en éxtasis. Esta mañana para El Desayuno, hemos traído fruta, pan, bellas flores, y por supuesto, vino. Mi parte favorita de este encuentro, no sólo es el regocijo de la

comida, sino el momento que creamos al emular los misterios báquicos. Sin toda la violencia descrita por Eurípides, solo queda el gozo, y la plenitud de un rito erótico en el que satisfacemos nuestro apetito y compartimos nuestra desnudez.

Hacia el final de nuestra bacanal, intuyo la profunda atracción entre Ariadna y mi Rubén. Él es mío, pero es un esquivo, un perverso. Él es un sátiro, así como yo soy una ménade. Mi único sufrimiento es por su causa, porque le deseo con locura desde el día que me sedujo en su ventana mientras mirábamos el atardecer. Esa tarde, cuando me tomó por detrás, posó sus brazos alrededor de mi cintura, aproximó su cuerpo y lo pegó a mis nalgas, sentí su pene erecto mientras miraba el sol esconderse. Rápidamente me alejé confundida, sin sospechar las interminables noches que yo continuaría deseándole. A pesar de todo.

A pesar del sadismo, de su mirada maniaca invitándome a descubrir lo peor de mí, a pesar de la certeza de que cada día una eterna entropía nos consume. Una pasión incomprensible me lleva una y otra vez al coito y al desenfreno, a la bebida, a observarle de noche y acariciarle con devoción.

Desde El Desayuno, hasta las noches que paso a su lado, solo deseo perderme en el eterno regocijo que descubrí entre sus brazos. Extraviarme en la verdadera bacanal que está contenida en su mirada. En sus ojos se esconden todas las perversiones, mucho placer. Locura plena.

Capítulo 3: Ariadna

Ariadna llegó a El Desayuno por invitación de Rubén. Apareció cruzando el bosque con una canasta llena de flores y deliciosidades. En su piel morena lucían muy bien las arracadas doradas que colgaban de sus orejas, único accesorio que adornaba su cuerpo desnudo. Con la cabeza casi rapada, no había cabello que impidiera ver a detalle los músculos de su espalda, sus clavículas y senos.

Como siempre, al alba, dispusimos el mantel y comenzamos a colocar sobre él, los alimentos y bebidas que compartiríamos. Rubén, y todos los hombres, miraban atentamente a la recién llegada. Creo que desde entonces comencé a beber. Copa tras copa, de pronto, en colectivo, llegamos a un éxtasis bacano que nunca antes habíamos alcanzado. Esa mañana alguien llevó cangrejos, y un pulpo. Entre recuerdos entrecortados, en mi mente hay escenas de cuando sobrevolamos el clímax. Rubén y otros hombres jugaban con uno de los cangrejos y nuestros cuerpos se mezclaban en un abrazo infinito.

Cuerpo a cuerpo, gozamos los unos de los otros. Tanto, que por un buen rato olvidé mi sufrimiento. Me elevé como una verdadera ménade. Pronto nos olvidamos de las copas. Ariadna fue la primera en bañarse en vino. Creo que en ese momento que Ariadna cubrió su piel con vino, no hubo vuelta atrás. Luego, recuerdo la mesa vacía y el pulpo emplatado.

Mi cuerpo se sintió leve. Comencé a respirar tranquilamente. La cabeza inclinada hacia el techo. La fiesta comenzó a mezclarse entre nuestra bacanal matutina, y las noches que en el

pasado, vi a Rubén besarse con su mismo sexo. Me convertí en una con Ariadna. Sentí su cráneo, escuché su canción. Palpé su cuerpo desnudo.

Pero mi locura contenida me llevó a más. Me llevó a todo.

A la tragedia.

El vino hizo efecto en mí. Y yo la herí.

La maté. En mi lujuria, Dionisio me lo permitió. Nono de Panópolis decretó que yo lo hiciera. Yo, Nicea, diosa de la caza, ninfa seguidora de Artemisa, clavé un pedazo de vidrio en su corazón. Después de El Desayuno, después de la pasión, después de la mesa dispuesta, después de comer y el regocijo, yo, Nicea, Diosa de la caza, durante El Desayuno, consumé los misterios báquicos que describió Eurípides y maté a Ariadna, la amante de mi Rubén.

Mi Dionisio.

Epílogo

La tragedia griega de Eurípides titulada, Las Bacantes, describe un episodio en la vida de Dionisio en el que, las mujeres que le adoraban, lo siguen hasta Tebas, ciudad gobernada por Penteo. Quien a la llegada de Dionisio, se niega completamente a dejarle instaurar los ritos propios de su adoración. Es más, Penteo, se niega a aceptar que Dionisio sea un Dios. Razón por la cual, su séquito de adoratrices, bacantes y ménades (mujeres seguidoras de Dionisio) matan a Penteo en medio de una fiesta desenfadada y una danza bacana donde terminan descuartizándolo.

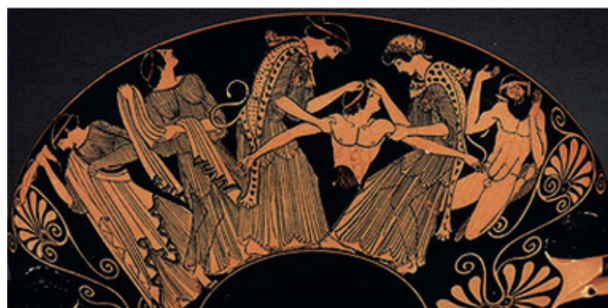


Ménades danzando

Al salir de la regadera, me encuentro con el mantel manchado de vino, el pulpo sigue intacto en el plato. Ver el cuerpo inerte de Ariadna me llena de regocijo, pero también de profunda tristeza. No lo entiendo. Y no puedo evitarlo. Dentro de mí, hay una contradicción depravada. Una lucha de sentimientos me invade.

Quizá yo misma también deseaba a Ariadna, así como otras veces me compartí con las otras mujeres que asistían a El Desayuno. Pienso en su cuerpo, su tez morena, y su cabeza desprovista

de una larga melena. Me veo al espejo y reparo en lo completamente distinta que era ella de mí.



Descuartizamiento de Penteo

Éramos opuestas.

Pienso de nuevo en toda la literatura referente a los misterios báquicos. Desde los poemas homéricos dedicados a Dionisio, hasta lo escrito por Eurípides y Nono.

Nietzsche también escribió al respecto. En medio de mi confusión y la vacilación entre los sentimientos que me invaden, pensar en él me hace sentir mejor.

En El nacimiento de la tragedia, Nietzsche expone una superposición de antagonismos, que él considera, están contenidos en el episodio de Las Bacantes.

Lo divino y lo humano, lo griego y lo bárbaro, lo masculino y lo femenino, la serenidad cívica y el frenesí báquico, es decir, lo apolíneo y lo dionisiaco.

No sé si algún día alcance la serenidad. Mis obsesiones me tienen atrapada. Pero inevitablemente, después de devorar y el regocijo, ocurre la despedida, la mesa vacía y la soledad.

Rejoicing

Introduction

Curator's Letter

Rejoicing is a solo exhibition by Miguel Casco, derived from the series El Desayuno (The Breakfast) initiated in 2018. In this series, the artist explored the staging of a performance to generate photographic material that would be part of the creative process in his plastic production. Inspired by La Jeunesse de Bacchus (The Youth of Bacchus) (1884) by William-Adolphe Bouguereau, Casco aimed to create a series of sensual and enigmatic paintings, intersected by various disciplines (including dance, photography, music, and performance). Thus, in 2020, he produced El Desayuno II, with a much more complex staging, which also gave rise to a feature film and a series of large-format paintings, the pieces that compose this exhibition.

The resulting photographic material is not only the documentation of the performance but also the source of images contained in each painting created by Casco. In Rejoicing, we present 14 unpublished pieces, the tablecloths used in previous performances, a large-format grisaille piece that showcases the artist's technical process, pieces from private collections, large-format circular paintings dated between 2020 and 2023, and a new performance for the inauguration.

The curatorial approach aims to make this exhibition a total work of art. Drawing on the method and style Mario Vargas Llosa used to write one of his most famous books, Elogio de la madrastra (In Praise of the Stepmother) (1988),

this exhibition offers a curatorial reading through the exploration of literature. The idea is for the audience to navigate the painting exhibition in three chapters and an epilogue, which narrate an erotic fiction inspired by Miguel Casco's pieces, creating a dialogue between image and verbal text, between visual art and literature.

Therefore, this exhibition should also be understood as a novel. Each room will tell the story of Nicea, a contemporary woman who shares her name with one of Dionysus's consorts according to classical Greek literature. Throughout the chapters, Nicea discovers the path of rejoicing, moving from darkness and madness, through bacchanalian experiences, to descent and clarity, where art plays a fundamental role in the character's reflections. In this way, each chapter directly dialogues with Miguel Casco's pieces, employing a curatorial (and primarily literary) method with which I also aim to transition towards an artistic curatorial proposal <3

Kuratrix

Mexico City, 2024

Chapter 1: The Shower

What I love most about living with Rubén is his shower. Not the constant partying, enjoying sex, or smoking marijuana. More than the nights of bacchanalia or the mornings of breakfast, what I love the most is the shower, always clean and with a copious stream. Always available to embrace me and silence my tears. I turn the knob and the abundant droplets flood the space. They begin to wash my tearful eyes. They travel down my body, between my breasts, across my back, finally enveloping my buttocks.

Completely soaked, I continue crying. I run my hands through my hair and turn my face toward the ceiling. What a delight to take a bath like this! Such calm! Such sensuality! Naked under a small and constant waterfall. Melancholy and nudity, like in a painting by William-Adolphe Bouguereau.

Every day, as I bathe, I cry silently. And I become all the muses, all the naked goddesses in a painting, with enigmatic gazes and stories beneath their skin. Mine is no more special than another. After the encounter, the table setting, devouring, and rejoicing, the farewell inevitably follows, the empty table, and the solitude.

As the stream continues to fall over my body, I think of that book by Vargas Llosa, where he describes a painting by François Boucher: "That one, the one on the left, is me, Diana Lucrecia. Yes, me, the goddess of the oak and the forests, of fertility and childbirth, the goddess of the hunt. The Greeks call me Artemis. [...] To my right, bending over, looking at my foot, is Justiniana, my favorite. We have just bathed and are about to make love. [...] We, mingled and perfect,

breathing in unison, with the fulfilled expression of those who know how to be happy. There we will be, still and patient, waiting for the artist of the future who, spurred by desire, will capture us in dreams and, bringing us to the canvas with his brush, will believe he is inventing us," I murmur the quote from memory.

Still, I rethink my solitude, the days I share myself naked with others, and the nights alone with Rubén. I turn off the shower and imagine myself painted on a canvas. The droplets run down my entire body, just as the wine ran down the naked torso of Ariadne yesterday. Outside, nothing remains but the remnants of a feast and the memory of the pleasure that brought me here.

Chapter 2: Complete Madness

That one, on the left, is me, Nicea. Yes, I, the naiad nymph, huntress, and follower of the Goddess Artemis. If you search for my name on the internet, you'll find that I am the daughter of a river god, that I despise love and only love to hunt. According to Nonnus of Panopolis, Dionysus fell madly in love with me and pursued me, trying to court me. But due to my resistance and lack of interest in him, Dionysus turned the river into wine to seduce me. Completely drunk, I gave in to his amorous demands, eventually becoming one of his maenads. For some time, after the rape, I contemplated suicide, weeping for my fate, as I could no longer roam the forest with my bow and arrows. However, in the end, I resigned myself and gave birth to one of Dionysus's daughters, Telete.

Thus, of course, if we were in the 5th century AD when Nonnus wrote the last great epic poem of classical Greek literature, titled *Dionysiaca*, I, Nicea, would be a nymph raped and impregnated by the God of wine. What a misfortune. But that's not the case. I am not a nymph. I merely share her name, and nineteen centuries after Nonnus's poem, I am a woman devoted to pleasure. With long brown hair down to my hips, small pink nipples, fair skin, and long legs, I now receive with cupped hands the last sip of alcohol that Rubén distributed to everyone. The drops of happiness.

Now I am in ecstasy. This morning for El Desayuno, we brought fruit, bread, beautiful flowers, and of course, wine. My favorite part of this gathering is not just the joy of the food, but the moment we create by emulating the Bacchic

mysteries. Without all the violence described by Euripides, only the joy and fullness of an erotic rite remain, where we satisfy our appetite and share our nudity.

Towards the end of our bacchanal, I sense the profound attraction between Ariadna and my Rubén. He is mine, but he is elusive, a perverse one. He is a satyr, just as I am a maenad. My only suffering is because of him, for I have desired him madly since the day he seduced me at his window as we watched the sunset. That afternoon, when he took me from behind, placing his arms around my waist, pressing his body against my buttocks, I felt his erect penis while watching the sun set. I quickly pulled away, confused, not suspecting the endless nights I would continue to desire him. Despite everything.

Despite the sadism, his manic gaze inviting me to discover the worst in myself, despite the certainty that every day an eternal entropy consumes us. An incomprehensible passion drives me again and again to coitus and debauchery, to drink, to watch him at night and caress him with devotion.

From El Desayuno to the nights I spend by his side, I only wish to lose myself in the eternal joy I discovered in his arms. To get lost in the true bacchanal contained in his gaze. In his eyes lie all the perversions, much pleasure. Complete madness.

Chapter 3: Ariadne

Ariadne arrived at The Breakfast by Rubén's invitation. She appeared, crossing the forest with a basket full of flowers and delicacies. On her brown skin, the golden hoop earrings hanging from her ears looked stunning, the only accessory adorning her naked body. With her head almost shaved, there was no hair to obscure the details of her back muscles, her collarbones, and her breasts.

As always, at dawn, we set the tablecloth and began to arrange the food and drinks we would share. Rubén, and all the men, watched the newcomer intently. I believe it was then that I started drinking. Cup after cup, suddenly, collectively, we reached a bacchic ecstasy we had never experienced before. That morning someone brought crabs and an octopus. Amidst fragmented memories, there are scenes in my mind of when we soared to the climax. Rubén and other men played with one of the crabs, and our bodies intertwined in an endless embrace.

Body to body, we reveled in each other. So much so that, for a good while, I forgot my suffering. I soared like a true maenad. Soon, we forgot about the cups. Ariadne was the first to bathe in wine. I believe that when Ariadne covered her skin with wine, there was no turning back. Then, I remember the empty table and the plated octopus.

My body felt light. I began to breathe calmly. My head tilted towards the ceiling. The party began to blend between our morning bacchanal and the nights when I saw Rubén kiss someone of his own sex in the past. I became one with Ariadne. I

felt her skull, heard her song. I touched her naked body.

But my contained madness drove me further. It led me to everything.

To the tragedy.

The wine took effect on me. And I hurt her.

I killed her. In my lust, Dionysus permitted it. Nonnus of Panopolis decreed that I do so. I, Nicaea, goddess of the hunt, nymph follower of Artemis, drove a piece of glass into her heart. After The Breakfast, after the passion, after the set table, after the eating and rejoicing, I, Nicaea, goddess of the hunt, during The Breakfast, consummated the bacchic mysteries described by Euripides and killed Ariadne, the lover of my Rubén.

My Dionysus.

Epilogue

The Greek tragedy by Euripides, *The Bacchae*, describes an episode in the life of Dionysus where the women who worship him follow him to Thebes, a city ruled by Pentheus. Upon Dionysus' arrival, Pentheus vehemently refuses to allow the establishment of the rites of his worship. Furthermore, Pentheus refuses to accept Dionysus as a god. Consequently, his retinue of worshippers—Bacchae and maenads (women followers of Dionysus)—kill Pentheus in the midst of a frenzied festival and Bacchic dance, ultimately dismembering him.



Mênades dancing

As I step out of the shower, I see the tablecloth stained with wine, and the octopus remains untouched on the plate. Seeing Ariadne's lifeless body fills me with both joy and profound sadness. I don't understand it. And I can't help it. There is a depraved contradiction within me. A struggle of emotions overwhelms me.

Perhaps I too desired Ariadne, just as I had shared myself with the other women who attended *The Breakfast*. I think of her body, her brown skin, and her head devoid of long hair. I

look in the mirror and realize how completely different she was from me.



Dismemberment of Pentheus

We were opposites.

I think again of all the literature regarding the Bacchic mysteries. From the Homeric hymns dedicated to Dionysus, to the writings of Euripides and Nonnus.

Nietzsche also wrote about it. Amidst my confusion and the wavering between the feelings that besiege me, thinking of him makes me feel better.

In *The Birth of Tragedy*, Nietzsche presents a superposition of antagonisms, which he believes are contained in the episode of *The Bacchae*.

The divine and the human, the Greek and the barbarian, the masculine and the feminine, civic serenity and Bacchic frenzy—in other words, the Apollonian and the Dionysian.

I don't know if I will ever attain serenity. My obsessions have me trapped. But inevitably, after devouring and rejoicing, comes the farewell, the empty table, and the solitude.